

entrañemos lo que pueda significar el imperio de la espada.

Es sagrado el empleo que hacen de las armas los pueblos que luchan por su independencia o las colectividades que defienden sus derechos hollados. Nobles fueron así las espadas de Ayacucho y de Maipú. Y dada nuestra imperfecta organización internacional también es cierto que los estados han tenido hasta hoy que mantenerse armados para asegurar su existencia; pero en estos casos el ejercicio de las armas significa y debe significar una función subalterna dentro de la organización civil. Fuera de estos capítulos el imperio de la espada envuelve sólo el predominio de la fuerza bruta.

¿Le ha atribuido el señor Lugones tal vez a la espada una virtud organizadora? ¡Ah nó!

Ella carece de esa virtud y puede sólo establecer un orden aparente. Toda unión de los hombres que no descansa en la voluntad y adhesión espontánea de los asociados constituye una falsa organización, una apariencia de orden. El predominio de las armas connota el uso de instrumentos que únicamente sirven para atemorizar y tiranizar a los hombres, para herir y matar, es decir, para envilecer y prostituir la vida o para destruirla.

* *

El pacifismo que el poeta argentino en su postura de Bayardo o Campeador teatral llama «culto del miedo» no es más que el clamor del buen criterio humano señalando la posibilidad de que los hombres sean capaces de vivir algún día sin estúpidas querellas. Es tan antiguo como la razón humana y lejos de ser el culto del miedo entraña la exaltación del valor del espíritu que quiere realizarse íntegramente; es la conclusión necesaria de toda verdadera moral, de toda religión, de todo evangelio de amor.

Las tragedias al parecer incurables de la Europa han hecho pensar en la América como en una tierra de promisión donde pueda florecer una nueva humanidad que alcance a realizar un ideal de perfección, imposible para el Viejo Mundo precisamente por llevar en su seno la fuerza disolvente de complicaciones y odios engendrados por guerras seculares.

Bolívar, el rayo de la guerra, fué en cierto sentido el primer pacifista hispano-americano porque soñaba con que los pueblos de este continente se agruparan en una unión que fuera para ellos fuente de paz y grandeza.

En nuestros días la *élite* del pueblo mejicano, llevando como más elocuente vocero a Vasconcelos, es pacifista. Y no se podrá decir de ellos que rinden culto al miedo. Rinden culto de amor según sus propias declaraciones al progreso, a la humanidad y especialmente a las naciones latino-americanas.

A las orillas del Plata se ha dejado oír recientemente la palabra cálida del Decano de la Facultad de Derecho señor Alfredo L. Palacios. Se dirige a los universitarios hispano-americanos para que nos apartemos de los nefastos ejemplos europeos y abramos en nuestro continente nuevos horizontes a la humanidad.

«La cultura europea, dice, amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente. ¿Seguiremos nosotros,

pueblos jóvenes, esa curva descendente? Seremos tan insensatos que emprendamos a sabiendas un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos?». Y luego invita a trabajar por la solidaridad espiritual de las naciones de la América Latina.

La revista *Atenea* de la Universidad de Concepción de Chile, ha venido consagrando en todos sus números páginas al fomento de la confraternidad hispano-americana.

Contra estas tendencias se ha alzado el señor Lugones en un teatro limeño. El poeta argentino ha creído que ha sonado la hora de la espada y lo celebra. La espada así presentada no significa sino dos formas de calamidades: o la guerra exterior o el régimen de fuerza, la tiranía en el interior.

Y para que no hubiera la menor duda de que esto era lo que quería decir el señor Lugones, endereza enseguida su discurso a ensalzar en presencia del dictador la dictadura. «Pacifismo, bolcheviquismo, democracia, ha dicho, son sinónimos de las mismas vacantes que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, se confunde con su voluntad».

¡Qué impudicia, qué descenso!

Podemos convenir en que los gobiernos democráticos y parlamentarios hayan fracasado en muchas partes; pero debemos buscar sin histerismos peligrosos los remedios a los males políticos y sociales en las virtualidades de la misma democracia constitucional.

Las loas a la guerra del señor Lugones, incomprendibles de todas maneras en un intelectual de alta cultura, se explicarían hasta cierto punto, como un producto de las circunstancias. El poeta ha vivido días de grandes festividades y ha hablado en un teatro caldeado con las emociones de esas horas de exaltación patriótica y palaciega. Serían un gesto de marcialidad sin peligro, marcialidad escénica y conquistadora de fáciles aplausos. Pero legitimar y ensalzar la dictadura, arrojar flores a la planta del dictador ahí mismo donde han sido masacrados estudiantes y obreros porque han protestado de la farsa política de querer consagrar la república al Sagrado Corazón, es demasiado.

El señor Lugones ha traicionado su investidura de poeta y de obrero de la espiritualidad hispano-americana.

ENRIQUE MOLINA.

Universidad de Concepción,
(Chile) enero 1925.

